Donación
V. Sánchez Moltó

CAMINO

HOJA PARROQUIAL
Con censura eclesiástica
Alcalá de Henares
31 = Octubre = 1955
AÑO X
Núm. 232

Maestro, sabemos que eres sincero.

(San Mateo, XXII - 16)

¡Qué estupenda y significativa confesión de la veracidad de Jesucristo en boca de sus irreconciliables enemigos!

Y Jesús era sincero, valientemente sincero, heroicamente sincero,

aunque el serlo le costara sufrimientos
y persecuciones
y la misma vida, como le costó

¡Sinceridad, sinceridad!, ¿dónde estás en el mundo actual? En este mundo en que los rectores de la humanidad y de las naciones guardan celosamente los secretos
de sus planes
de sus convenios
de su economía
de sus armas
de su situación interior y exterior.

En que la prensa y la propaganda apenas dicen la verdad.

En que el comercio vive en mucha parte del engaño.

En que jefes y súbditos van viviendo con el cálculo y el recelo y la mutua ocultación de lo que piensan, de lo que hacen y de lo que proponen.

En que la ambición miente para encaramarse, y la envidia para vengarse, y la soberbia para saciarse.

En que aun los amigos no se dicen verdad por sus cálculos.....

¡Qué valiente, qué grande, qué gigante, qué divina la figura de Jesús!

Pero aun hay algo terriblemente doloroso en la vida cristiana

Los cristianos, los piadosos
¿son sinceros? — No.

No hay sinceridad en los cristianos en su trato mutuo, siendo como son hermanos

No hay claridad, ni sinceridad en las propias organizaciones piadosas a las que se trasplantan todas las pobres miserias de la vida.

No hay sinceridad con los propios sacerdotes. — ¿Pero es que la hay con el propio confesor y director? —. ¿Es que la hay aun en el trato íntimo con el Señor en la oración? — ¿No nos ciega la vanidad, el orgullo, el mezquino conocimiento de nosotros mismos, el afán de creernos mejores de lo que somos aun delante del Señor?

Meditemos, cristianos, pensemos de veras y con valentía.

¡Qué grande eres, Señor, en tu sinceridad! ¡Y qué pobres nosotros en nuestra mezquina falsedad!

El A. de A.

DEL CENTRO OBRERO PARROQUIAL

La Esperanza

La virtud que encabeza estas líneas es la virtud de la misericordia de Dios, la virtud de la consolación interior que El envía, en premio a la tenacidad de aquellas almas que perseveran en la línea de su ley divina.

Esperar; pero esperar en Aquel que todo lo dió por nosotros y al cual pagamos, sin embargo, con pecados y miserias múltiples que acongojan su Corazón. ¡Que virtud tan difícil de llevar si no Le llevamos en nuestro interior! La fe nos conduce a Dios, la caridad ejercita el mutuo entendimiento entre el Creador y los seres humanos y, por último, la esperanza, llena de consuelo el alma cuyo gran deseo es verle y adorarle; pero ésto es cuestión de la otra vida. Para obtener lo dicho es preciso poner de nuestra parte, todo el interés en hacer bien en esta vida, paso temporal de la otra: la eterna.

Tener esperanza, es tener paciencia en las adversidades, llevar con resignación todos los actos duros que esta vida nos ofrece, pues de esta manera podemos salir airosos de la lucha que contínuamente hemos de hacer frente. El consuelo de la victoria es producido por el mantenimiento en las almas propias de esa esperanza que Dios envía al que cumple con sus deberes. Hay que poseer en el interior del alma humana, rasgos buenos emitidos al exterior con nuestros semejantes y siempre, de esa manera, veremos las recompensas de la esperanza en Dios.

Como fácilmente podemos deducir, es un constante juego de las tres virtudes: Fé, esperanza y caridad; frente a la lucha de los vicios que desean la contaminación de nuestra alma provocada por el maligno espíritu: el demonio; al cual venceremos siempre, con el ejercicio de las antedichas virtudes, una de las cuales hemos tratado a grandes rasgos.

CENTRO.

ECOS MATERNALES

MIENTRAS VAS CAMINANDO

—Oye, Juglar, ¿tú rezas el Rosario?

—No podría vivir sin él míralo; colgado a mi cuello al par que el cordón de mi cítara, y con el Crucifijo y la efigie de la Virgen pegada al corazón. Y cuando canto y hago sonar mi cítara se me pegan ella y la medalla a mi pecho en un mismo aliento, en un mismo cantar.

Juglar de María, mi vida es cantarla, hablarla, acompañarla, amarla.

Eterno caminante, voy sembrando mis caminos de avemarías como pétalos de las "rosas" del «Rosario».

Salgo a veces de las plazas dolorida el alma porque no conocen a la Madre ni vibran cuando la canto... y marcho llorando de dolor con mi Rosario entre las manos, dejando una gotita de sangre de mis pies heridos en cada avemaría.

Me alejo feliz de otros pueblos porque me entienden cuando la canto a Ella y al caminar es cada avemaría un salto de gozo de mi feliz corazón.

Vibra una esperanza en cada cuenta de mi Rosario cuando preparo mis loas al llegar a cada pueblo o a cada aldea.

A veces se me agarrota la cítara en las manos cuando voy cantando una y otra avemaría con distinto tono y distinta melodía.

Y despierto en los amaneceres de ensueño con el Rosario en una mano y la cítara en la otra estallando mi corazón en una avemaría de saludo.

Y así también me adormezco cada día en los atardeceres de luz y color y fuego, desgranando semiinconsciente el avemaría del descanso.

Y así caminando, caminando con mi Rosario entre las manos, eterno viajero, pienso llegar, enlazadas las mías con las manos de mi Madre a la última avemaría del Rosario sin fin...

Lector: ¿no has adivinado? Estos Ecos han sido un canto más de los que el Juglar canta por esos pueblos, por esos caminos..,

Tú eres también caminante; todos lo somos; coge tu Rosario y alegre o triste, feliz o desdichado, cantando o llorando, haz de tu vida un rosario sin fin que te ate a la Madre del Cielo en la vida de aquí y de allá.

Haz como

EL JUGLAR DE MARIA.

INSTANTE

Estoy ante tí
y levanto los ojos para mirarte toda.
Ahora veo tu gesto que no entiendo de tan puro,
tu mirada que no ví entre mis máscaras
y tu aliento que no es como el opio
de los míos.
Pienso que eres la ilusión falsa de mi primer deseo
de castidad, un espejismo blanco
sobre el negro desierto de la sed,
una visión, no puedo
creer en tí.

Y sin embargo adelanto mi mano
hasta tu suave mano
— parece que cometo una blasfemia—
como un nuevo apóstol sin fe.
Veo mis dedos sucios entrando en tu halo,
estoy temblando en una espera
que mi cerebro no puede contener
y quisiera reirme de mí mismo.

Pero tú—¡qué momento!— acercas tu mano a la mía
y la estrechas. Yo te siento,
te siento, te siento...

De tan dulce esta muerte
hacia la nueva vida, me nace un amor nuevo,
un amor no manchado para tí, Inmaculada,
un amor que asombra de mi asombro a mis sentidos
de fuera y de dentro, porque ellos
no tuvieron tu mano. Fué mi alma.

Mi alma esa, la pobre,
que ahora tiene ya por fin una esperanza
porque ha visto el milagro.

J. L. M.

Publicamos con gusto esta poesía que nos ha sido enviada, respetando el deseo de su autor de omitir su nombre.

HEMEROTECA
BPM Cardenal Cisneros

LAS LECTURAS

CIENCIA Y VIRTUD

JUVENILES

De los distintos apartados en que clasificamos las lecturas, dos quedan por tratar: las científicas y las directamente formativas y educadoras.

Desgraciadamente, poco es lo que se puede decir al respecto, sino que sólo por equivocación—muy improbable—llega a leerlas la colectividad actual; nada digamos si nos ceñimos a la juventud.

Olímpicamente se las da de lado, y en esta afirmación se incluyen con carácter general los textos que por razón de los estudios han de manejar. Pero por una de esas paradojas tan caprichosas y frecuentes que caracterizan a los tiempos actuales, a la hora de la crítica, de la discusión, de fundamentar opiniones, lo hace cada cual como si llevara dentro un poco de ciencia y de sabiduría.

Sin leer nada serio y documentado sobre las materias que puedan surgir, todos se encuentran en condiciones de sentenciar dogmáticamente, inapelablemente, en cualquier momento, sobre todo, aunque se trate de algo de lo que oyen hablar por primera vez.

¿Dónde fueron adquiriendo esa gama tan vastísima de conocimientos? A través de tres grandes conductos: periódicos y revistas, novelones y películas. Estos son los grandes manantiales «científicos» de nuestra juventud: la vida y andanzas de las estrellas cinematográficas, de los astros futbolísticos, lo pornográfico, lo crudo, lo sexual; todo lo demás carece de valor y, si lo mencionan, es para dar una opinión con carácter irreductible que hace imposible el diálogo. Os hablarán de Dios y del Evangelio sin saber lo más elemental de la doctrina cristiana; enjuiciarán las virtudes a través de sus bajezas y sus vicios; criticarán conductas y criterios, por el tamiz de sus egoísmos; valorarán verdades y errores en la medida que satisfacen sus instintos; hablarán de política, de economía, de historia, de física, etc., con cínico escepticismo que trata de ocultar su ignorancia; y la vida, en fin, os la descubrirán como algo exclusivamente biológico y carnal.

Y cuando hablan, claro está, han de hacerlo a gritos, porque la única fuerza de sus argumentos está en sus pulmones y no en la verdad inteligentemente conocida; de antemano rechazan toda posible contradicción.

Es una ciencia deslumbradora, no sólida; ficticia, que no real; ecléctica, antes que uniforme y coherente; cuajada de errores de espaldas a la verdad; una ciencia que no les pertenece, porque no han sabido hacerla suya por la reflexión y el estudio, y se limitan a repetir como papanatas lo que vieron, leyeron o escucharon a través de su propia malicia o interés. Simples cajas de resonancia vacías.

JUAN GARRIDO.

NECROLOGICA

Ha muerto D. Tomás García Hidalgo.

Ni tiempo apenas nos ha dado de reaccionar; tan rápida y certera fué la acometida de la muerte a aquel corpachón ancho y recio de pura cepa de labrador castellano.

Había tres rasgos definidísimos en D. Tomás.

Su personalidad física y espiritual: de rasgos definidos, concluyentes y acusados.

Cuerpo recio, alto, ancho, curtido, vigoroso, enhiesto, apenas se doblaba cuando se inclinaba a saludar.

Espíritu sereno, vivo, observador, de convicciones religiosas, patrióticas, sociales, morales, profundas y terminantes; indomable, inflexible, terminante en todo como buen «hidalgo» castellano.

Su vida hogareña. Parece increible que un hombre aparentemente tan duro en sus rasgos externos, guardara tanta ternura, tanto amor y tanto calor en su hogar; era el mejor y más confiado amigo de sus hijos a los que supo formar en su propio temp e, juntando lo que tan raramente se encuentra hoy: autoridad y cariño.

Su alcalainismo. Perdón por la palabra. Alcalainismo, cien por cien, llevaba en el alma y en el corazón todo lo alcalaíno le hacía vibrar, su biblioteca única en documentos y libros sobre Alcalá; su amplia erudición sobre historia, costumbres, lugares, edificios de nuestra ciudad y tantos y tantos hechos y rasgos de su vida, nos hablan de ese alcalainismo que no cedía el puesto de honor a ninguno de sus paisanos.

Es pena que cuando Alcalá escasea tanto de alcalaínos hayamos perdido a quien tanto y tan bien sentía la grandeza de su patria chica.

Pero Dios lo ha dispuesto así.

Una oración por su alma es el mejor tributo que podemos ofrecer al buen amigo que Dios nos llevó apenas sin darnos cuenta.

Descanse en paz

CAMINO.

IN MEMORIAN

El pasado día 6, Alcalá perdió inesperadamente a uno de sus mejores. **Tomás García Hidalgo** — la pluma se resiste a dejar impreso su nombre — nos abandonó bruscamente. Una traidora dolencia abatió su vida, sin que los servicios de la cien-

cia nada pudieran hacer. Como reguero de pólvora cundió por toda la ciudad tan triste noticia y con dolor se acercaban a suhogar para cerciorarse y con la esperanza de que un milagro rescatase tan preciada vida. Cuando Dios hubo dispuesto de él, su casa se llenó de multitud de personas de todas las clases sociales. Desgraciadamente se extinguió, sin que sus amigos tuvieran el consuelo de hablar con él y animarle en su enfermedad. A las 6'15 de la tarde del día 7 de Octubre, Alcalá perdió a **Tomás García Hidalgo**.

Destacar su personalidad, es empresa difícil para resumirla en pocas líneas. Hombre dotado de una inteligencia natural, siempre la ponía al mejor servicio y solícito aconsejaba a quien se lo demandaba. Después de nuestra guerra de Liberación, ocupó acertadamente la Alcaldía y a su servicio puso cuanto era y tenía. Voluntad, constancia y cariño por todos sus problemas, que acometía con denuedo. De temperamento fuerte, jamás se doblegó ante los contratiempos que durante su mandato fueron muchos. Inició muchas de las mejoras que hoy tiene la ciudad y con gran perseverancia y habilidad puso en marcha el grave problema de abastecimiento de agua, emprendido bajo la égida de D. Félix Huerta. Tambien fué Jefe Local de Falange, a la que pertenecía con anterioridad al año de 1936. Fué Diputado Provincial y aportó iniciativas beneficiosas para la Provincia.

Pero por encima de todo, lo que más caracterizó su vida, fué el de ser amante de cuanto era de Alcalá. Fué, de los poquísimos alcalaínos que se preocupaban de su patria chica. Así lo demuestra su hemeroteca en cuyos estantes se conservan volúmenes ya desaparecidos que son compendio de la historia y grandeza complutense. No más del día 3. solos en su despacho con él, disfrutamos una vez más de su erudición localista. Y cual si fuera un colegial, nos mostraba esos raros e interesantes volúmenes, que tanto llenan de orgullo a los que sienten a Alcalá. Y en los muros de su domicilio, litografías alcalaínas y retratos de los familiares que hoy tanto le lloran. Ese fué el exponente de su vida: el amor hacia los suyos y hacia la ciudad que le vió nacer.

Creyente fervoroso, pero sin jactancia y muy calladamente, hizo realidad aquello de "que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda". Y así su bolsillo siempre estuvo presto a remediar cualquier situación difícil de persona honrada Por su manera de ser era el prototipo del labrador castellano, austero y benefactor de cuantos a él acudían en solicitud de un favor.

Sus amigos, entre los que orgullosamente nos contábamos, le recordarán con cariño y cuando se hable de ALCALA, de su grandeza y de su historia, habrá que acudir silenciosamente a ese despacho pequeñito de la calle de Santiago, en la que nuestro llorado Tomás se refugió en sus horas postreras, cuando por la incomprensión de los tiempos, deleitaba sus amores con la lectura jubilosa de las citas complutenses que alegraban su vida, junto al amor de los suyos.

Reciban sus familiares nuestro pésame y Dios le tendrá junto a El para recibir las preces que con verdadero fervor elevaremos en nuestras oraciones.

COMPLUTO

A nadie se le ocurre

A nadie se le ocurre
plantar ortigas en un macizo de claveles;
meter ratones en un cajón de pollos;
introducir un gato en la fresquera de la carne;
o recubrir el oro con estaño;
o mezclar el fuego con el agua.

Hay en cambio otra mezcolanza inexplicable:
la de la piedad cristiana y la inmodestia pagana.

Hay mujeres
de comunión diaria
de confesión semanal
de Asociaciones piadosas
de misal cotidiano;
y de media hora de meditación.

Algo así como el macizo de claveles en el jardín del alma.

Y esas mismas mujeres aparecen
sin medias;
sin mangas;
con escotes escandalosos;
con calados
y con vestidos ceñidos.

Por la mañana, escriben limpiamente, pero luego borran con el codo lo escrito, emborronando la plana.

Lo bueno queda aniquilado
por lo malo:
como los claveles por las ortigas;
como los pollos por las ratas;
como la carne por el gato;
como el oro por el estaño;
como el fuego por el agua.

— —

Hay cosas que no pueden estar juntas. Y entre ellas están la piedad cristiana y la inmodestia pagana. La segunda aniquila a la primera y la convierte en falsa y perniciosa.

Cuidado con la lengua

No todos entienden el concepto cristiano de la caridad. Aunque el pecado sea cierto en el fondo y en sus detalles, si no es público, ni hace falta descubrirlo, la caridad cristiana obliga a guardar el secreto. Y el que lo revela, grava su conciencia con culpa grave y le obliga la restitución de la fama violada.

Esta es la doctrina de la Moral de Cristo, cierta, clara, terminante.

Y por más que sea vulnerada, nunca pierde su vigor, tanto en lo que afecta al pecado grave contra la caridad, como a la obligación gravísima de restituir la fama.

— Pero, ¿y si es cierto?

— ¿Y qué?

— Que le digo la verdad.

— Pues, diciendo la verdad, cometes un grave pecado.

— No me convence.

— No te convencerá la Moral.

— ¿Eso enseña la Moral?

— Con toda evidencia

— El que comete una falta, pierde el derecho a la buena opinión.

— Te equivocas.

— ¿Por qué?

— Por que la caridad prohibe la divulgación del pecado, cuando no hace falta.

— ¿Quién lo manda?

— Dios, que es mejor que los hombres.

— Naturalmente.

— Y si no fuera así, ¿quién se libraría de castigo?

— Nadie

— El que no haya cometido pecado que levante el dedo.

— Yo no lo levantaría.

— Ni yo.

¡FRÍO!

Nacemos desnudos y terminamos yertos. La envoltura de nuestra vida mortal es el frío y nuestra lucha permanente en la tierra lo es para eludir su inquina.

¡Cuántas veces en soledad hemos sentido el espasmo helado del abandono! Egoístas y soberbios, nos da miedo brindar nuestra nada a los demás porque nos descubrirían lo poco que valemos, y negamos acogida a quien humilde, o al menos, humanamente nos ofrece lo que tanta falta nos haría.

Triunfa el límite en nuestros anhelos y en él nos encerramos, olvidando la espléndida templanza de la eternidad. ¡Frío imperante sobre conciencias que en el barro se sumergen!

Sólo un instante terreno encierra los más excelsos ardores: la muerte. Ese divino punto final al odio y la cobardía es la suma del bien que no hicimos y que entonces quisiéramos hacer; del amor que negamos y que exhalan con arrebato los ojos del moribundo; de la caridad que sofocó nuestra ira y que brota en la agonía del que se va... Bien, caridad y amor que, al abandonar la arcilla, elevan aún al impío a la clemencia de Dios.

Pero los que quedamos seguimos esclavos del frío... Para los muertos la resignación ante su pérdida; para los vivos el odio, la indiferencia o el menosprecio. Los justos nos molestan, los santos nos estorban, los mártires nos parecen ilusos e ignorantes. A tal extremo de frialdad han llegado las almas que ni las hecatombes les conmueven ni el martirio les impulsa al arrepentimiento. Yo sé que habrá lector ofendido hasta al leerlo.

No eres tú solo, lector amigo... También a mí me subleva mi impotencia, pero no olvido la lección de Luzbel y alabo a Dios que me hizo débil para que me frenara ante el impulso de destruir su Bondad, mas apto para conseguir su Misericordia.

Y te invito a rezar juntos por los tuyos y los míos (nuestros, todos) impetrando el perdón para su alma, y para nosotros el don de una ardiente voluntad que no espere a prodigarse en el momento de expirar.

Perdóname si te hice daño y sé asimismo piadoso con los muertos.

D. G.

Al pasar ante tu Iglesia, no dudes el empujar la puerta, el Gran Amigo es el que vela en el Tabernáculo. Sepamos hacer alto durante unos minutos a sus pies. Sepamos hacer silencio en nuestras almas para escuchar su voz. Confiémosle nuestras alegrías y nuestras penas, nuestras dificultades y nuestros sufrimientos, así como nuestras inquietudes. Y saldremos de allí más animosos para continuar nuestra labor cotidiana.

Tú hablas demasiado. Y el que mucho habla, mucho yerra. No lo olvides.

NO LO ENTIENDO

Cuanto más viejo voy siendo, me explico menos muchas cosas.

Hoy,—terminadas las consideraciones acerca de lo que el Papa nos dijo en Zaragoza a los españoles,—nos vamos a meter una vez más con los gamberros.

Ya en otras ocasiones y en varios sitios he hablado y escrito contra esta plaga indecorosa que lo invade todo.

Como la raiz del gamberrismo es la mala educación y la gente se empeña en ser ineducada, de ahí que esta vergüenza social tenga tan múltiples y variadas manifestaciones en la vida.

No pienso dedicar este articulito a una clase especial de gamberrismo, pero sí quiero manifestar de nuevo que mientras no se castigue severamente a esta colección de seres inadmisibles en sociedad e indignos de vivir fuera de la selva, no conseguiremos nada.

Comentaba el otro día en el tren un viajero la cantidad de cosas mandadas por el señor Alcalde de Madrid respecto al gamberrismo nocturno y de las cuales durante el verano se ha hecho muy poco caso y en algunos barrios, ninguno. Sabido es que el «loco por la pena es cuerdo» y en esta ocasión viene la frase como anillo al dedo, porque al que no hace caso de avisos, ni de advertencias, no hay más solución que hacerle cumplir de otra manera.

¡Con lo bien que estaría esa gente una temporadita picando piedra, u otra cosa por el estilo! El gamberro no hace otra cosa que desacreditarse y ofender a la sociedad en que vive, puesto que nos dejan en mal lugar ante propios y extraños.

Tener consideraciones con ellos es una de las muchas cosas que no entiendo.

DON NADIE.

AGRADECIMIENTO

La familia de nuestro buen amigo, recientemente fallecido, don Tomás García Hidalgo (q. e. p. d.), nos ruega que a todos cuantos le han ofrecido su condolencia y pésame de palabra o por escrito, les hagamos llegar su agradecimiento profundo en la imposibilidad de poder hacerlo a cada uno particularmente por el elevadísimo número de tales pruebas de amistad y recuerdo. Cumplimos su encargo con muchísimo gusto. — CAMINO.

POR PEREZOSO

El príncipe Luis, hijo de Napoleón III, Emperador de Francia, tenía esta debilidad, o mejor decir pereza. Cuando llamaban para levantarse por la mañana, o tenía que dejar algún trabajo o juego en el que estaba a gusto, solía decir: «Sólo diez minutos más».

Esta pereza fué precisamente la causa de su muerte.

Cuando se alistó para tomar parte en la guerra contra los cafres, salía un día con una columna para practicar un reconocimiento.

Se hallaban todos muy fatigados por la larga marcha a través de aquel sol de fuego y decidieron descansar unos instantes en un paraje más fresco que encontraron y descabalgaron.

Al dar el comandante la orden de marcha, exclamó el príncipe, que se encontraba muy a gusto echado sobre la hierba: «¡Diez minutos tan sólo!» Y siguió sin moverse.

No habrían transcurrido treinta segundos cuando una banda de cafres les asaltó con una lluvia de venablos.

Los que estaban ya a caballo pudieron escapar, pero el pobre príncipe, sin tiempo para alcanzar su cabalgadura, fué uno de los primeros que cayeron.

¡Cuántos demoran el instante de ponerse bien con Dios! El demonio, que está siempre al acecho, celebra que sean mandados al otro mundo cuando menos se lo esperan.

EDITORIAL

1.-DESPUES DEL VAL

Quedaba este aspecto de la fiesta del Val; y hay que tocarlo, aunque sea tan a distancia, poco más o menos de un mes.

No tuve el consuelo de ver y trabajar activamente en la fiesta por mi enfermedad; y bien lo sentí; y ciertamente lo estuve viviendo por horas, por minutos.

Pero supe que resultó hermosa, concurrida, espléndida como siempre ya; Dios lo querrá.

Ahora hace falta que aunque todo acabe en la pompa exterior de los cultos, no se apague el amor a la Virgen que enciende y estimula todas esas fórmulas y devociones externas y además perpetúe la propia devoción —entrega—en las manos y en el corazón de la Virgen.

Y esto es menester que no pase; que aunque todo pase y se acabe, perviva el amor filial capaz de todos los trabajos y todos los esfuerzos, y todos los sacrificios por Ella; por la Madre del Val.

Bien hubiéramos querido prender en la misma fiesta de la Virgen Patrona, la solemnidad de las Sabatinas, que mantuvíera vivo el fuego de aquel fervor y de aquel amor.

Pero todo se hará con la gracia y la bendición de Dios y la ayuda de la Virgen Madre de Alcalá.

EL ABAD-PARROCO

EDITORIAL

DIA DE DIFUNTOS

Como todos los años, vuelvo a llamar la atención sobre el verdadero sentido del Día de difuntos.

A todos nos llama el recuerdo y el corazón hacia la «Ciudad de los muertos» cercana o lejana, donde esperan la resurrección final fibras amadas y dolientes de nuestra propia carne.

Sería pena llenar de paganía esos santos días que la Iglesia consagra a valiosos, repetidos y eficacísimos sufragios en favor de los difuntos.

Flores, coronas ¿qué quieren decir? pobre homenaje de un recuerdo tan efímero á veces como las propias flores...

Lágrimas, suspiros, condolencias, pobres obsequios de un amor y de un recuerdo estéril como su propia inconsistencia.

¿Entonces?

¡Qué gran maestra es la Iglesia!

Permite que digamos tres misas cada sacerdote en ese día—; la misa el mejor sacrificio por los difuntos—. Habrá alguno que deje de oirla en ese día por el bien de sus queridos difuntos?

Concede además la Iglesia el jubileo en favor de los difuntos. ¡Cuántas indulgencias plenarias pueden ganarse y cuántas almas podrán salir del Purgatorio ese día...!

Misa, comunión bien hecha, oraciones, sacrificios, penitencias, limosnas; ¡qué grandes sufragios por nuestros difuntos!

Hagámoslo, pues, así; ¿por qué hemos de apartarnos del verdadero sentido de cristianos, si lo somos?

EL PARROCO.

CAMINO

Imprenta V. CORRAL.—Alcalá.